



Marvin: Cuento inédito

Antes de bajarse de la moto, el hombrecito se sacó el casco y lo dejó colgando del manubrio. Era una moto vieja, pintada de negro con esmalte sintético, y traía enganchado un trailer con ruedas de bicicleta del que asomaban cartones de colores. Cuando se acercó a la puerta de la escuela vi que tenía labio leporino. Una línea diagonal le partía la sonrisa en dos curvas desparejas e incommunicadas, lo que hizo que tardara en agradarme.

Me había pasado media mañana tratando de que Anita pudiera responder alguna pregunta, y tratando también de que sus compañeros la dejaran tranquila. Llevo cuarenta y dos años de docencia. Aquella tarde llevaba apenas tres, y sin embargo ya sabía que en el campo las diferencias se reducen. Un perro rengo en un trigal tiene la cabeza destinada al tiro. Y Anita, pobre, era la más dura de la clase.

El primer pueblo quedaba a veinte kilómetros. Los chicos llegaban a caballo, en sulki, alguno en auto. Salvo los que llegaban en auto, el resto venía por el guiso. La cocinera era la mamá de Anita. Cortaba las verduras y la carne en pedacitos minúsculos, y a todo le ponía hongos. Eran unos sombreros marrones muy ácidos que igualaban el color y el sabor de todos los platos. Así la busca no tenía diferencia con la sopa de lentejas. La mamá de Anita era una señora gorda y terca que andaba siempre de alpargatas. Hablaba de su hija como quien habla de una extraña. "No hay caso, es sorda a lo que uno le mande", explicaba dándole sopapitos de cariño en la cabeza. "Si sigue así no va a servir ni para poner la mesa del patrón, vea".

Ese día, los chicos habían estado particularmente dañinos con Anita. Tuve que mandar uno afuera. Era invierno. Miré por la ventana; el nene, Gastón, estaba temblando. Entonces apareció el hombrecito de la moto. Vi como le daba la mano al nene, la inclinación que hizo. Volví la cabeza hacia la clase y hacia la pregunta de la mamá de Anita. Era increíble que aquella mujer viera a su hija llorando y se preocupara por si le ponía o no cebollas a la salsa.

Habían escupido a Anita en la cabeza. Lo noté cuando la abracé. El calor de sus ocho años se hacía un ovillo contra mis pechos y mi vientre. Iba a pasar de grado porque todos pasaban. Así es en las escuelas rurales. Así iba a ser allí, en esa única aula perdida en medio del campo. Y que vinieran las inspectoras.

- Más cebolla y menos hongos -le dije. Ella salió.

El hombrecito tocó dos veces en el vidrio. Se restregaba las manos una contra otra. Salí.

- Gastón, podés entrar. -El nene pateó una piedra.

- ¿Sí?

- Soy mago - dijo el hombrecito.

Tiraba vapor caliente sobre sus manos. El vapor le salía como una columna de humo por debajo de la cicatriz. Las manos eran finas, no llevaba anillos ni reloj.

- ¿Y? -le pregunté-

- Voy por las escuelas - agregó-, haciéndoles un acto a los alumnos...

El trailer quedaba en aquella moto más extraño que aquel labio en su cara.

- ¿Cuándo?

- Ahora.

Le dije que ahora no podía ser, porque estaba dando clase. Pareció desilusionarse. Miró a los chicos, que por un segundo se habían quedado quietos y callados.

- Si quiere vuelvo en el recreo... O vengo después.

Abrió las manos y la boca. Los dos segmentos de su labio superior vibraron.

- ¿Después cuándo?

Levantó los hombros. No iba a volver.

- Está bien -dije-. Pero espera a que terminen la redacción. Entre, que hace frío.

Él asintió. Frotó sus manos entumecidas y caminó hacia el trailer. Descargó los cartones. Llevaba una galera pintada con la misma pintura que le había sobrado de pintar la moto.

- ¿Dónde puedo armar? -preguntó

- En la cocina.

Lo acompañé hasta la puerta. La cocinera estaba de espaldas. Al volver, los chicos le habían robado el cuaderno a Anita.

- Cerramos los ojos y el cuaderno aparece solo -les dije.

- Fue él, fue él -gritaba Anita.

Entorné los párpados. Por el lado contrario al que señalaba Anita, una nena de primero le arrojaba el cuaderno.

- Silencio -pedí.

En la puerta del aula estaba parada su mamá. "¿Quién es ese señor? Habráse visto la impertinencia, me dio un beso en la mejilla y se robó una manzana. Le dije que saliera inmediatamente, pero me dijo que lo mandaba usted".

- Digalé que venga.

Abrió el cuaderno de Anita en la página de la redacción. Alguien lo había pisado. La suela, como un sello, se montaba sobre los renglones y la letra infantil. Ella había alcanzado a escribir "La vaca es buena para comer"; le corregí la falta y busqué una página en blanco.

- Me echaron -dijo el hombrecito.

Señalé un banco vacío para que se sentara. Él volvió a salir y entró con dos cajas armadas, que apoyó sobre el suelo. Una era dorada y decía "Marvin"; la otra era roja con dragones. Apoyó la galera sobre un dragón horizontal y los otros cartones contra la pared. Antes de sentarse exhibió su palma vacía, arremangándose la camisa, hizo un sacudón de dedos en el aire y apareció una flor. Un clavelito. Gastón se acercó al mago y éste le sopló algo al oído. Gastón vino hasta el frente y me entregó el clavel. Marvin me guiñó un ojo. Pensé que no tenía que haber aceptado que entrara. Todos los chicos, menos Anita, estaban pidiéndole cosas. La mamá de Anita volvió a aparecer, furiosa, delante de la puerta.

- Digalé que dónde me escondió las cebollas.

Rebolaba la punta de su alpargata derecha sobre el alisado de cemento.

Marvin levantó las cejas en cuanto lo miré.

- Habrán desaparecido -dijo. Los chicos largaron carcajadas y un avión de papel doblado. La mamá de Anita se volvió rezongando.

- Está bien -me rendí-. Ganó, Haga su acto.

- Biennn -gritaron los chicos, menos Anita, que se comía las uñas y los mocos de adentro de las uñas. El mago pasó al frente entre aplausos y silbidos. Pidió silencio para poder terminar de armar las cajas.

Me senté en su lugar. El único varón de tercero, uno que venía con el pelo peinado a la gomina, chilló como si llamara a su caballo. Los cubos de Marvin eran seis. Apiló tres, uno sobre el otro formando un pilar de la altura de un chico. Abrió las tres puerútas y vimos que el interior estaba comunicado, como un pequeño cofre de pie. Se puso la galera.

- Ésta es una prueba que vengo haciendo en todas las escuelas, desde Azul. Es la magia de la multiplicación de las cabezas. ¿Ustedes creen en eso?

- Sífil -contestaron.

- Yo no -le dije.

- ¿Usted no? -preguntó-. qué extraño, una maestra debería creer en la multiplicación de las cabezas... -dijo.

- No creo porque no sé de qué se trata.

- Fácil -dijo-. Es una teoría.

- Shhhhh -pedí silencio por él.

Gastón, que se había parado sobre el pupitre, gritó: "¿qué te hiciste en el labio?". Le dije que se sentara. No me hizo caso.

- Esta es mi teoría -comenzó-. Todo el mundo tiene más de una cabeza, muchas, tal vez. Un chico puede tener una cabeza para enamorarse, otra para pensar en sus papás, otra para jugar y otra para comer o dormir. En este caso tendría cuatro cabezas.

- Cinco -dijo la chica que estaba por recibirse de séptimo.

Marvin contó con los dedos.

- Si la que usa para comer es distinta a la que usa para dormir, es cierto, cinco. Al decirlo se agarraba la suya como si quisiera levantarla del cuello.

- Yo tengo una sola -gritó María, una nena con trencitas paradas.

- Pero con dos antenas, lo que tal vez quiera decir que tenés dos cabezas: una para cada trenza.

- No -se enojó ella. El mago le sonrió con su boca extraña. Al hacerlo conseguía que los chicos se tranquilizaran brevemente. Todos menos Anita, que era de por sí tranquila y apoyaba la mejilla derecha sobre la blancura de su brazo.

- ¿Quién de todos ustedes tiene más de una cabeza?

- ¡El Cholo! -gritaron varios al mismo tiempo. El Cholo era la versión masculina de Anita, pero ya había pasado a sexto, tenía catorce años y un cuerpo enorme coronado por una gran cabeza barbada.

- ¡Doble cabeza! -gritó el mago, y todos, menos el Cholo y Anita, se rieron. Incluida yo.

- ¡La seño! gritó la de séptimo.

- ¡Tres cabezas! ¡La señorita tiene tres cabezas! -continuó Marvin, levantando las manos. Agarró el puntero de varilla-. Tres cabezas es bastante, pero no suficiente. Silencio, por favor. A ver... a ver... siento que en esta escuela hay alguien que tiene una cabeza más, alguien con cuatro... A ver... -comenzó a pasearse entre los pupitres.

- ¿Por qué tenés eso así...? -insistió Gastón.

- ¿Así cómo? -se detuvo Marvin.

- Roto ahí.

- Para tener dos bocas. Un buen mago debe tener dos bocas, una para anunciar el truco y otra para callar la trampa. Yo las llevo separadas por eso -se señaló la herida-, así me aseguro de que funcionen correctamente. Con las cabezas a veces no pasa. En ocasiones uno tiene varias cabezas pero no están muy conectadas con el cuerpo, ni siquiera la que se ve, la que se usa para pasar el pulóver. Sucede, sobre todo, si el número pasa de tres.

Dio la vuelta por el último banco y me dedicó una sonrisa con sus dos bocas. Actuar lo volvía lindo. Convertía el defecto de su cara en algo especial. Caminó despacio hacia el frente.

- Ya está -dijo-. Ya la ubiqué. Cuatro cabecitas... ¿Nombre?

Los chicos comenzaron a abuchear. Anita levantó la vista porque la varilla del puntero la había elegido. Miró al mago con sueño. Estuve a punto de detenerlo.

- ¿Nombre? -me preguntó.

- Anita -dije.

Ella se paró y, sin mirarme, pasó al frente. Los chicos dejaron de abuchear. Me